INAUGURACIÓN CÁTEDRA ANDRÉS BELLO

JUAN CARLOS ESCOTET

25 de junio de 2009

Tiene que ocurrir un hecho afortunado, como por ejemplo, que uno tenga el privilegio de escuchar a un bellista de pura cepa durante un tiempo prolongado; o que un día se nos presente la invalorable ocasión de visitar alguna biblioteca que cobije ese vasto universo que son las obras completas de Andrés Bello, y que con paciencia se revisen al menos las páginas de sus índices, para que uno pueda tener siquiera una primera y muy preliminar idea de quién fue Andrés Bello.

Con toda seguridad, muchas de las respetables personas que hoy ocupan esta sala, tienen una comprensión profunda de lo elemental y reducido que es el conocimiento promedio que tenemos la mayoría de los venezolanos de todo lo que el nombre de Andrés Bello supone. Saben que el Bello que se distribuye en la inmensa mayoría del sistema educativo formal es una figura en cierto sentido menoscabada, podría decirse que despojada del que fue uno de sus extraordinarios atributos, que es el de la diversidad.

Se nos dice que Bello fue maestro del Libertador Simón Bolívar; que fue el poeta que escribió la *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida*; así como autor de la *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de americanos* y del *Código Civil de la República de Chile*, y se nos relatan algunas de sus diligencias que hizo en Europa a favor de la Independencia de Venezuela. Se nos habla de su exilio definitivo en Chile a partir de 1829, país que le otorgó la nacionalidad en 1832 y donde vivió hasta su muerte en 1865.

La paradoja es que, aunque estos pocos datos parecen actuar como una gigantesca fachada que nos impide aproximarnos a un Bello múltiple y más complejo, estos tres o cuatro logros, que se repiten como si hubiese una fórmula inexcusable para referirse a este hombre, son por sí mismos la expresión de la enormidad de su talento, una mínima y admirable muestra de su capacidad casi sin límites.

Pido paciencia para la siguiente enumeración que me voy a permitir a continuación. Antes de dar comienzo a ella debo advertir que la misma es parcial, apenas un síntoma con el que acercarnos, aunque sea un poco al hombre que hoy nos ha reunido.

Traductor de Virgilio y de Voltaire; sistemático conocedor del latín, al punto que escribió una gramática de esa lengua; compañero de Humboldt y Bonpland, un memorable 2 de enero de 1800, cuando les acompañó a subir El Ávila; diplomático

cuyo desempeño marca momentos decisivos en los años en que Venezuela procuraba convertirse en una nación independiente; estudiante frustrado de medicina, que escribiría artículos, todavía vibrantes, sobre el cólera o la sífilis; periodista que se inscribió en la historia como

Director de la pionera Gaceta de Caracas; bibliotecario por necesidad; pedagogo que fundó la Universidad de Chile, de la que fue su primer rector; estudioso de la gramática y la filología, cuyos aportes simplemente no pueden ignorarse siglo y medio más tarde; crítico literario que ejerció este oficio desde adentro, es decir, no olvidando nunca que él también conocía las dificultades inherentes al texto literario; experto geógrafo y cosmólogo; pensador de la filosofía, el derecho internacional, la naciente psicología, el derecho de las personas, el clima, el avance de las ciencias, las crónicas de viajes, la medicina pública y tantas cosas más, que de no detener ahora mismo esta seguidilla de vocaciones, intereses, experticias, estudios y obras creadas por Andrés Bello, correría un riesgo inverso y extremo al del Bello reducido a cuatro hitos, que es el de un Bello exótico y desmesurado, casi fantástico como tantos hombres del siglo XIX latinoamericano, que bien podría terminar metido dentro de una vitrina dedicada a exhibir seres estrambóticos e increíbles.

Quienes conocieron a Bello, por fortuna gente de muchos países, que lo conocieron en las más diversas circunstancias, pero sobre todo, en momentos muy diversos de su vida, coinciden en una relevante apreciación: desde el primer instante producía un impacto del que muy pocos lograban escapar. Como si de la persona que irradiaba amabilidad y mundano sosiego ante cualquier conversación, saltara de repente un espíritu dispuesto a analizarlo y a desentrañar el mundo a su alrededor.

Andrés Bello provenía de una familia regida por las limitaciones de la pobreza. Esto hace aún más admirable el modo en que su talento sorteó, muchas veces a lo largo de su vida, las dificultades económicas. Si aceptamos que hay en él algo de un heroísmo que lo dotaba de una capacidad para oponerse a las dificultades, también, a todo lo largo de su vida, fue un sujeto sensible a los demás, interesado por los otros en el mejor sentido, un hombre, cito, “que siempre da muestras de amor al bien público”, como decía el documento que lo nombraba Secretario de la Junta Central de Vacuna, en abril de 1804.

Y resulta que esta psique volcada hacia los conocimientos y hechos del mundo, apasionado de la historia, las lenguas, las literaturas y el destino de América Latina, escribía. No paraba de escribir, como si vivir en el pensamiento, incluso, como si actuar, no pudiese, bajo forma alguna, estar desligado del hecho de expresarse con toda la profusión de nuestra lengua castellana. Y escribía, y escribía, lo cual constituye, de entrada, una bendición, porque sólo en las miles y

miles de páginas que dejó escrita, hay una riqueza cuya cuantía y profundidad posiblemente ni siquiera podamos imaginarnos, pero también, porque anuncia la magnitud de las ambiciones y las faenas que la creación de esta Cátedra Andrés Bello representa.

Quizás sea vano que insista aquí, en la casa que lleva por nombre el de Andrés Bello, la pertinencia y necesidad que tiene esta cátedra que hoy se inaugura, no únicamente por un delimitado interés institucional, que existe y es legítimo, sino porque la divulgación de una figura como Andrés Bello, con todas las implicaciones de su pensamiento y su vida, forman parte de las necesidades estructurales, de los contenidos que la sociedad venezolana debe procesar si mantiene vigente su aspiración a una convivencia más digna.

Y esa dignidad que me permito sugerir, no se circunscribe sólo al valor que significa proyectar la ambición incesante de Bello de comprenderlo todo, sino también a un hecho que, demasiadas veces olvidamos en nuestras sociedades, y que es uno de los temas que las instituciones sensibles de la sociedad deben incorporar a sus agendas: me refiero al tema de la propia calidad de vida de los intelectuales, de los hombres de letras como Andrés Bello, cuya circunstancia vital estuvo asediada siempre por dificultades y carencias que deberían considerarse como indeseables o inaceptables para aquellos hombres de su genio y trascendencia.

Digo esto, no con un ánimo discriminatorio, o porque considere a los hombres y mujeres de pensamientos como una humanidad privilegiada. Se trata de otra cosa. Y es que la reivindicación del valor simbólico, social y profesional del intelectual, especialmente en América Latina, no debería posponerse para el siglo XXII o XXIII, sino que es una tarea de nuestro siglo todavía incipiente.

No se trata de implorar protección para unos determinados hombres y mujeres, sino asumir, de una vez y para bienestar de nuestros colectivos, que a nuestra sociedad le hace falta un trato más frecuente, un comercio más cotidiano, una relación más natural y fluida con las ideas, con los procesos de análisis y pensamiento, con el debate de unas y otras ideas.

Un hombre preocupado por los demás, por el destino de los pueblos de América Latina: ese fue Andrés Bello a lo largo de los 83 años de su fructífera vida. Tuvo una vida dura, que incluyó el dolor de ver morir a varios de sus hijos en las más disímiles circunstancias. Pero su lucha fue siempre incesante, y la luz que guarda su obra, espera, no sólo por nuevas generaciones de bellistas dispuestos a extraer de ella nuevas significaciones, sino que merece una acogida de mayor y compleja receptividad en el seno de la sociedad venezolana.

Se lo decimos a cada uno de los presentes, a las autoridades de esta casa de estudio, a todo aquel que esté dispuesto a escucharnos: nos honra ser parte de este proyecto. Nos emociona sentir que podemos contribuir a promover una vida y una obra simplemente admirables y necesarias.

Muchas gracias.